

El espejo del alma



Miguel Martín Cruz - Gema del Prado
Marifé Castejón



EL ESPEJO DEL ALMA

Primera edición digital: enero 2021

ISBN: 978-2-490290-51-2

Colección: Medianoche #9

Texto: Miguel Martín Cruz y Gema del Prado Marugán

Fotoilustraciones: Marifé Castejón (www.visualmachine.es)

Prólogo: Francisco José Segovia Ramos

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente Molins

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de huesos

9 Chemin de la Calade, Eyriac

07170 Lussas, France

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://www.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



EL ESPEJO DEL ALMA

Miguel Martín Cruz

Gema del Prado Marugán

Marifé Castejón

De detectives y de monstruos

Prologar una obra de autores y autoras a los que admiras supone, contradicciones de la vida, una enorme alegría por la oportunidad de escribir sobre el escritor o escritores y su obra, y una pesada carga emocional y enorme responsabilidad para con esa persona –personas en este caso– que aguardan esa presentación literaria. Además, uno ha de dejar atrás estimas y prejuicios para ser lo más objetivo posible y no caer en los lugares comunes propios de muchos prólogos.

Con esas mimbres, pues, habrá que decir, sin más tapujos, que la novela *El espejo del alma*, de Gema del Prado Marugán y Miguel Martín Cruz que tienes en tus manos, trata de detectives y de monstruos. Parece sencillo, un mero artificio literario para fascinar a posibles lectores, pero no es tan simple. Por otro lado, de detectives y monstruos está la literatura plagada. No hay que olvidar al famoso sabueso de los Baskerville, que trajo por el camino de la amargura a Sherlock Holmes, el detective más famoso de la historia –con permiso de Hércules Poirot–, y que es, quizá, uno de los relatos más conocidos de Arthur Conan Doyle, o los asesinatos de la calle Morgue, del no menos célebre bostoniano Edgar Allan Poe, también un referente literario mundial. Quizá, puestos a reflexionar, tengan ese éxito y atractivo centenario debido a la mezcla mágica entre lo prosaico y lo racional de la figura del detective, y el elemento esotérico, fantástico y terrorífico que representa el animal que siembra la muerte a su paso. Así, una historia en principio sencilla, deviene, gracias a esa amalgama de elementos dispares, en una obra de arte imperecedera.

El espejo del alma bebe de esos mismos ingredientes, pero con elementos actualizados, lo que le da una frescura que se agradece muy mucho. Cintas obsoletas de VHS porno, humor ácido, desahucios y especulación inmobiliaria, Velázquez y las Meninas, una herencia muy peculiar en el México colonial del siglo XVI y algunas cosas más que no hay que desvelar para no destripar (reivindiquemos esta palabra y mandemos a un rincón polvoriento el *spoiler* anglosajón) se conjugan con habilidad para crear un entorno actual, creíble y vívido.

Solo, el detective protagonista de esta novela, no es un recién llegado a la literatura. Nació mucho antes de esta novela. Tuve el placer de encontrarme con él, y pasear a su lado por el entramado urbano de Madrid, leyendo las diversas entregas de la colección Calabazas en el Trastero. Allí lo hallé enfrentado a demonios, brujos, fantasmas, monjas asesinas, descerebrados mentales (no, no hablo de algunos políticos, aunque sí, puede que alguno aparezca) y demás parafernalia del terror. Madrid, a partir de ese momento, se convirtió en una ciudad distinta a la de la Puerta del Sol o el Museo del Prado, tan cercana y esplendente, llena de turistas, cámara en ristre, y de manifestaciones multitudinarias por sus calles principales. Se transformó, por mor de un par de genios de la botella narrativa, en una ciudad oscura, llena de misterios y cargada de un espíritu siniestro que recuerda, por momentos, a la Londres decimonónica tan presente en la literatura gótica anglosajona, faro de civilización en su momento y, al tiempo, foco central de los acontecimientos más sórdidos. Bien que sus creadores, Miguel y Gema, podían haber creado una ciudad ficticia, aunque con anclajes en una auténtica, como la Vetusta de Leopoldo Alas Clarín, la Mágina de Antonio Muñoz Molina o, incluso, la más horrisona Carcosa del misterioso Ambrose Bierce. Pero, al situar los acontecimientos en un Madrid tangible, visible y real los personajes se nos muestran más cercanos y accesibles, Solo el que más.

Claro que, a diferencia de los conocidos detectives de la literatura anglosajona, Solo no es un detective flemático, ni bebe el té de las cinco, ni se muestra disciplinado en la actitud y escrutador avezado de su entorno. Ni siquiera tiene a un ayudante a su lado que lo asesore o ayude. Como mucho, cuenta con los chivatazos de un tal Jero, diablillo tunante donde los haya. Al contrario que sus colegas del otro lado del Charco, nuestro querido detective ama el güisqui, las mujeres —si son súcubos, mejor que mejor, que dan mucho juego—, y meterse en problemas cada vez que puede, aunque su gatito tatuado le arañe la piel para advertirle que no es por ahí, amigo. Casi, podría decirse, es un trasunto en el siglo XXI de ese otro Solo, Han, para más señas, divertido y truhán acompañante de Leia y Skywalker en su lucha contra el mal en la primera trilogía de *La Guerra de las Galaxias*. Cínico y comprometido a la vez, en un difícil equilibrio del que, milagrosamente, siempre sale airoso aunque con heridas de guerra, el detective español deambula por las calles de Madrid como Pedro por su casa, conocedor de cada rincón mágico, de cada oscuro secreto que esconden sus fuentes,

callejuelas y casas señoriales.

Tras tantas buenas historias cortas anteriores, en las que Solo buscaba la verdad entre los entresijos del misterio y se sumergía las más de las veces en la peligrosa vorágine de la vida nocturna de la gran ciudad, al estilo de las novelas policíacas de Dashiell Hammett, pero cambiando los garitos y antros de mala fama por edificios y entornos urbanos en principio normales a la vista del viandante, se hacía evidente que más pronto que tarde nuestro detective favorito de lo paranormal entraría en la categoría de la novela. Madrid no podía tener un investigador de menor calado literario que sus homólogos de Inglaterra o Estados Unidos. Eso sí, con su carga patria de socarronería, humor un tanto insano y cargado de mala leche y ganas de disfrutar hasta la saciedad.

Y nuestro héroe, o antihéroe, o cazador de lo paranormal –cada uno lo llame como le apetezca– no defrauda. Claro que, como es habitual en él, los problemas aumentarán exponencialmente conforme avanza la trama y no serán los fantasmas o los aparecidos los principales. Algún que otro señor del Este aparecerá para hacérselas pasar canutas. También cazadores de fantasmas ansiosos de aparecer en los programas de Iker Jiménez y subyugantes actrices porno más peligrosas que una caja de bombas en la puerta de un colegio. Pero, ya sabemos, Solo se las apaña para sobrevivir a lo que se le venga encima.

Decía Juan Ángel Laguna Edroso, en el prólogo de un libro anterior de relatos de Gema del Prado Marugán y Miguel Martín Cruz, *Las 7 vidas de un gato*, a propósito del detective protagonista en todos ellos: «Solo no es de los que necesitan presentaciones. Si todavía no lo conocéis, enseguida sabréis por qué». Pues eso, que es mejor conocerlo por la pluma de sus dos creadores que por las parcas y controladas palabras de un comedido prologuista, atado, como debe ser, a la perentoria necesidad de no reventar la historia ni descubrir detalles reveladores a quienes se van a enfrascar enseguida en la lectura de una obra. Eso sí, puedo garantizar que no les va a defraudar ni un poquito.

Debo advertir, sin embargo, que después de terminar, más de uno y una miraráis con cierto respeto a esos espejos omnipresentes que parecen esconder más misterios que el simple vaho de la respiración sobre ellos. Algunos, incluso, son tan oscuros como el alma de ¿lo he dicho ya? algunos políticos.

Adelante, lector, piérdete en el Madrid de Gema del Prado y Miguel

Martín. En el Madrid más siniestro, truculento y opresivo que jamás hayas imaginado. Nada de fiestas divertidas, ni de bocadillos de calamares en la Plaza Mayor ni de visitas culturales al Thyssen o al Reina Sofía. No, vas a pisar el territorio de Solo. Disfrútalo en soledad de tinieblas porque, como le dice el simpático Jero a este antes de que se meta en su enésimo problema detectivesco: «Ya sabes que los monstruos acechan en la oscuridad. Y esta maldita ciudad está llena de sombras».

Francisco José Segovia Ramos
Noviembre de 2018

A Juan, por seguir atreviéndose a editar nuestros desvaríos. A Francisco J. Segovia por sus amables palabras de prologuista. A Marifé por su implicación y sus maravillosas fotoilustraciones. A Kino, por ponerse en la piel del detective; allá donde esté, seguro que levanta un vaso a la salud de todos.

A la ciudad de Madrid, a la que amamos y odiamos casi tanto como ella a nosotros.

Al gran e inconmensurable Cthulhu, para que cuando resurja de las profundidades se acuerde de estos agradecimientos y sea piadoso para con nosotros.
A nuestros lectores. No son pocos: son selectos.

A la familia y a los amigos de verdad, porque la línea que los separa se difumina y son la misma cosa; una de las pocas que importa.

A la camada de nuevos gatitos lectores: Inés, Rodrigo, Luna.

Prólogo

Rebeca y Natalia eran la pareja perfecta. La primera, racional; con un trabajo fijo en un puesto de responsabilidad en una compañía farmacéutica. La segunda tenía alma de artista, realizaba fotografías para una revista de naturaleza e incluso había llegado a exponer en una sala de arte patrocinada por el ayuntamiento. Como si quisieran complementarse hasta en el más mínimo detalle, Rebeca medía cerca del metro ochenta y tenía una constitución espigada, mientras que Natalia apenas llegaba al metro sesenta y su aspecto era mucho más curvilíneo. No era de extrañar que sus amigos las llamaran el punto y la i, corroborando la existencia de una complicidad más que evidente.

Llevaban poco más de un año saliendo, pero ambas creyeron que ya era hora de afianzar sus lazos: la convivencia no podía ser un escollo, más aún cuando el amor dominaba sus vidas con mano de hierro. Tanto confiaban en su relación que habían decidido dejar a un lado los alquileres abusivos para centrarse de lleno en la compra de un piso. Hipotecas. Avaless. Seguros de vida. ¿Acaso existían en el diccionario términos más hermosos que estos, alguna palabra que definiera mejor el concepto de «amor» y «compromiso»?

Como si quisiera reafirmarlo, Rebeca estampó un beso en la nuca de Natalia mientras esta tecleaba en su ordenador portátil.

—¿Cómo va la búsqueda? —preguntó llevándose el tazón de aromático té moruno a los labios.

—Hay cosillas interesantes —respondió Natalia dirigiendo el cursor hacia el botón del historial—. Mira a ver qué te parece: dos habitaciones, terraza y trastero. Completamente reformado. Cien mil euros.

—No dice nada de ascensor...

—No tiene por qué ser un décimo piso, ¿sabes?

—Entonces ya me dirás dónde está el truco. Seguro que es un sexto, o más arriba. Por eso lo dejan así de rebajado.

Natalia refunfuñó mientras se repantigaba en su silla de oficinista.

—A ver qué te parece este otro.



–Hummm –emitió Rebeca mientras leía la pantalla del ordenador por encima del hombro de su chica–. No tiene mala pinta.

–El único problema: es un bajo.

–Buuuuuu –exclamó la otra, quejumbrosa–. Ya sabes que no quiero ni bajos ni primeros, que son una mina para los ladrones. Y tampoco áticos, que con la suerte que tenemos luego nos comen las goteras.

–Joder, qué tiquismiquis te has vuelto, guapa –farfulló Natalia manejando con habilidad el ratón del portátil–. A ver este otro. Tiene una pinta infame pero, y seguro que esto te encantará, está tirado de precio.

–Define «tirado de precio».

–No llega a los sesenta mil euros.

–Has captado mi atención –dijo Rebeca, muy seria–. Enséñame esa joya.

–Te leo: dos habitaciones, cuarto trastero, lavabo y cocina reformados. Es un tercero y, ojo al dato, con ascensor.

–Me gusta, me gusta. ¿Y dónde está el problema entonces?

–Mira las fotos.

Natalia pinchó en la galería fotográfica y la pantalla del ordenador no tardó en colapsarse de imágenes de añejos muebles rococó y sórdida imaginería cristiana. Todas y cada una de las fotografías tomadas en el piso exhibían sus propios crucifijos, a veces incluso con un Jesucristo de considerable tamaño colgado y mirando al internauta de turno con ojos de cordero degollado. Para colmo del buen gusto, sobre el cabecero de lo que parecía ser la cama principal habían colgado dos rechonchos querubines de andróginos rasgos y gordos mofletes.

–Joder, qué mal rollo –expuso Rebeca. No era el primer piso que veían con la aborrecible decoración típica de la más rancia tercera edad, pero aquel se llevaba la palma.

–No lo dudo. Pero, permíteme que insista, no llega a los diez millones de pesetas –concluyó Natalia. Luego dirigió su dedo índice hacia una esquina de la pantalla, señalando una serie de cifras–. Mira. El anuncio lo han puesto esta misma mañana y ya lo han visto más de cien personas.

–Seguro que está sobre una discoteca dominicana –adujo Rebeca–. Fiesta todos los fines de semana y llamadas a la policía a horas intempestivas. Como si lo viera.

–Es un tercero, seguro que desde ahí no oímos nada –razonó Natalia–. Y si no, ponemos ventanas de *climalit* y arreglado.

–Seguro que al menos el cincuenta por ciento de los vecinos son gitanos

—contraatacó la otra.

—Gente encantadora. Cuidaremos de sus burritos cuando se vayan de vacaciones.

—Seguro que en el piso hubo una muerte violenta. O mejor aún: el dueño se suicidó.

—Te lo vuelvo a recordar: cincuenta y nueve mil euros. Puedo soportar que alguien se ahorcara en nuestro salón.

Rebeca se dio por vencida y se dejó caer sobre un mugriento puf.

—Vale, ok. Si quieres, podemos ir a echar un vistazo.

—Genial —exclamó Natalia cogiendo su teléfono móvil—. Ahora mismo llamo a la inmobiliaria para quedar con ellos. Espero que no lo hayan vendido aún...



La cinta de vídeo continuaba esperando sobre la mesilla mientras el detective Solo rebuscaba en el trastero en busca del maldito reproductor de VHS. Al fin lo encontró, y cuando sopló sobre su superficie, levantó un tsunami de polvo que le hizo estornudar en ráfagas de diez. Nadie más que un arqueólogo experimentado habría podido determinar, mediante las capas de mugre acumulada a modo de estratos, cuánto tiempo hacía que aquel cacharro no era utilizado.

El detective aún estornudaba cuando desenchufó su prehistórico aparato de DVD para conectar todos los cables de su antediluviano VHS. Luego sostuvo la cinta entre sus manos y se preguntó quién sería la última persona que había echado un vistazo a la película que contenía. No tenía ni idea. Lo que sí sabía era que su cliente estaba dispuesto a pagar seis mil euros por ella. ¡Seis mil euros! ¡Por una película porno! Había que estar muy loco o bien ser un coleccionista al que le sobrara el dinero para malgastar los ahorros en un film pornográfico, por muy legendario que se hubiera convertido con los años. ¿El motivo de ese estatus casi mitológico que había alcanzado la cinta con el paso del tiempo? Para empezar, porque estaba protagonizada por la fabulosa Justine Sadine, una muchacha que empezó su carrera en el mundo del espectáculo interviniendo en un par de *softcores* para el siempre peculiar Jesús Franco (aunque Solo, que aún se consideraba un sentimental, siempre prefirió a Soledad Miranda y sentía especial debilidad por la carnal Lina Romay de sus inicios). La carrera de Justine Sadine pronto viró a la pornografía pura y dura, primero dentro de la cutre industria española y más tarde dando el salto a la norteamericana, donde compartió cartel (entre otras cosas) con divas de la talla de Traci Lords y Nina Hartley. Tras cinco años meteóricos en los que su fama subió como la espuma, la indómita Justine desapareció de buenas a primeras sin dejar rastro: no es que no volviera a protagonizar una escena pornográfica en su vida, es que no volvió a saberse nada de la actriz nunca más. A ningún nivel.

Por eso la noticia de una última película protagonizada por Justine

Sadine, inédita hasta el momento, había suscitado tanto interés entre toda aquella jauría de coleccionistas enfermos. A Solo, la llamada de un cliente solicitando sus servicios para encontrar la cinta de marras lo había sorprendido como al que más. Pero, oye, seis mil euros libres de impuestos bien valían patearse media Madrid en su busca. Además, al detective le picaba la curiosidad: que la buena de Justine hubiera desaparecido del mapa tal vez después de grabar aquella película perdida le parecía una coincidencia demasiado grande como para pasarla por alto. ¿Y si en la grabación participaba alguien importante, quizás un político de renombre, y la chica se pasó de lista hasta el punto de ser silenciada? ¿Y si se trataba de una película *snuff* de la que la *pornstar* fue la protagonista definitiva?

El detective había iniciado su búsqueda en los abundantes *sex shops* de la zona de Gran Vía, aunque tamaña obviedad se saldó con cierto número de decepciones. Tras preguntar a sus más leales confidentes (yonquis, prostitutas y taxistas en su mayoría), alguien le vendió un chivatazo que le hizo rebuscar en los puestos del Rastro; en Cascorro y alrededores no encontró nada útil, salvo un nuevo soplo que lo llevó a dirigir su búsqueda hacia la zona de Sol. Allí abundan las ajadas tiendas que venden vinilos de segunda mano, aquellas que pueden reconocerse a la legua por las grandes cajas apostadas junto a la puerta con montones de discos infumables a un euro: cuenta la leyenda urbana que hubo una vez en que alguien encontró uno medianamente interesante entre tanta morralla. El caso es que en tales tiendas, además de vinilos con el precio hinchado (sobre todo si llevan impresos en las portadas los nombres «The Rolling Stones» o «The Beatles»), a veces da la casualidad de que también venden libros y películas usadas a precios asequibles. Y, por fin, fue en el subterráneo local de gangas de Discos la Metrallera donde Solo había encontrado todo un filón: cientos de películas porno no originales, algunas de ellas evidentemente caseras.

Tras media hora de búsqueda incesante, el investigador encontró una cinta con una prometedora pegatina adherida en uno de los dorsales: Justine S. 1986. Ante la atónita mirada de la dependienta, la sostuvo entre sus manos como si hubiera encontrado el Santo Grial para posteriormente abrazar el polvoriento objeto con efusividad. El año de producción de la última película conocida de la actriz era 1984, por lo que aquella cinta fechada en el '86 tenía muchas papeletas para convertirse en su pasaporte a los seis mil euros prometidos. Y todo a cambio de los míseros cincuenta céntimos que costaba aquel sucio VHS al que, por qué no mencionarlo, aún

seguía abrazado.

Pero antes de llamar a su cliente para informarlo del éxito obtenido, Solo creía merecerse un primer vistazo a aquella película jamás estrenada. Introdujo la cinta en el reproductor y, tras el enojoso ruido de los cabezales, la imagen se trasladó a la pantalla del televisor. Bajó el volumen al mínimo, sintiendo una punzada de desilusión al ver el estilo *amateur* con el que había sido grabada aquella escena; para su última película la mítica Justine Sadine se hubiera merecido al menos una grabación profesional, cuando no una superproducción. Aun así, la actriz lucía bien en pantalla: sus pantalones vaqueros recortados hasta más arriba de los muslos parecían recatados en comparación con la camiseta anudada por encima del ombligo. Una llamada a la puerta propiciaba el encuentro con dos hombres, un tipo disfrazado de fontanero y lo que podría haberse definido como el bombero más lastimoso de la historia. El detective bufó decepcionado ante la chapucera concatenación de tópicos del género. Intuyendo que no iba a perderse nada que no hubiera visto con anterioridad, se dirigió hacia la cocina para prepararse un güisqui con hielo y, ya puestos, unas palomitas que calentó en el microondas. Que aquella era una *première* para celebrar por todo lo alto.

Cuando volvió al comedor, la escena que acontecía en la pantalla había cambiado de manera radical. Para empezar porque los tres protagonistas estaban ya desnudos —algo del todo previsible— y dos de ellos continuaban siendo lamentables a la vista. Que ambos aparecieran decapitados y que Justine Sadine se entretuviera arrancando a mordiscos los jirones de carne de sus cuellos desgarrados tampoco pasaba desapercibido, que digamos. A Solo aquel plato de palomitas recién hechas se le escurrió de entre los dedos para estrellarse contra el suelo y desparramarse por todos los rincones. Al contrario que el vaso de güisqui, firmemente adherido a su palma izquierda como si esta estuviera hecha de velcro. Y ya que estaba allí, decidió echar un trago.

Ahora se explicaba por qué aquella había sido la última película de la señorita Sadine: sus manos transformadas en garras, su boca deformada por lo que parecían ser dos hileras de dientes, sus ojos saltones como los de una mantis religiosa... Y por allá abajo las cosas no mejoraban en absoluto. Solo había leído sobre el concepto de *vagina dentata*, pero aquello era desmedido.

Justo en el momento en el que el director intentaba huir de la escena y

era en cambio interceptado por la estrella femenina del cine para adultos, el timbre de la puerta resonó en el mundo real, en el tiempo presente, propiciando que Solo diese un respingo en el sitio (si bien desafiando varias leyes físicas, el vaso continuó obedientemente pegado a su mano). El detective cogió el mando a distancia, pulsó la tecla de pausa y corrió hacia la puerta para atisbar por la mirilla.

Aunque la carne se le puso de gallina y el gatito tatuado en su brazo bufó en forma de ardiente escozor, no se sorprendió demasiado al descubrir la identidad de la persona que aguardaba al otro lado del umbral. Hacía unos pocos segundos que la había visto desenterrar las vísceras de los cuerpos de sus víctimas, pero aun así seguía resultando una belleza de aúpa.

—Abra la puerta, detective —pidió una voz melosa, como de terciopelo.

Y Solo no pudo negarse a complacerla.

Justine Sadine no había cambiado en absoluto, seguía tan hermosa como cuando trabajó a las órdenes de Jess Franco por vez primera. No llevaba maquillaje, ni falta que le hacía con ese color de piel tan sonrosado que siempre la había caracterizado. El pelo le caía en sedosos bucles sobre la espalda y su traje de noche morado dejaba entrever las curvas vertiginosas que encerraba su escote. Si una mera palabra sirviera para definirla, con toda probabilidad esa sería «firmeza». O quizás «peligrosa».

Sí. La mirada inquisitiva con la que escrutaba a Solo en aquellos momentos no hacía más que reafirmarlo. Peligrosa. Muy peligrosa.

—Me lo imaginaba diferente, detective —dijo tras finalizar la exhaustiva inspección de su interlocutor.

—Yo en cambio la imaginaba exactamente como está —respondió este. Y no se trataba de un cumplido: el tiempo parecía no haber transcurrido para la señorita Sadine. Debía rondar los cincuenta años y, sin embargo, tenía el mismo aspecto lozano que la diera a conocer en sus películas más recordadas. Si no fuera por aquellos ojos, que parecían bullir bajo la aparente calma de los cristalinos, la actriz hubiera podido pasar por una treintañera cualquiera.

—¿Ha visto la película?

Negar lo evidente sería de estúpidos. Detrás de él y un poco por encima de su hombro, la pantalla del televisor titilaba con una imagen fija y enturbiada por la sangre. En ella, la boca con varias filas de dientes de Justine acababa de seccionar la mitad del cuello de aquel director de cine

que había intentado huir a la carrera: el momento inmortalizado en aquella oportuna pausa no se privaba de ningún detalle sórdido y sanguinolento.

—¿Quiere un güisqui? —preguntó en cambio Solo, cediendo el paso a la monstruosa actriz porno.

—¿Tiene ginebra? —propuso ella pasando al interior de la casa sin pensárselo dos veces.

Era digno de alabar que se mantuviera en el precipicio de sus tacones con tanta elegancia.

—Claro, ¿por quién me toma?

La mujer caminó hacia el sillón atravesando el mar de palomitas que salpicaba el suelo y se dejó caer en él con un cruce de piernas que hubiera infartado a cualquiera. Frente a la actriz, el televisor seguía emitiendo la imagen congelada de aquella colorida masacre que ella misma había perpetrado hacía cerca de treinta años. El detective corrió a la cocina para servir la ginebra, aprovechando de paso el viaje para hacerse con su pistola por si las cosas pintaban feas. Luego regresó al comedor y tendió la bebida a Justine Sadine. Esta palmeó el sofá con suavidad. El detective se sentó a su lado, más cerca de lo que había planeado en principio.

—Quiero la película. Por motivos obvios —exigió mientras jugueteaba con un hielo entre sus labios.

—Lo entiendo, pero ya me había comprometido con mi cliente —titubeó Solo.

La mujer abrió su diminuto bolso y sacó un sobre de su interior.

—Nueve mil euros. No quiero discutir con usted por este motivo. Acepte los nueve mil euros y me iré tan tranquila.

Al detective no le había pasado inadvertida la amenaza implícita en aquella frase, así que decidió mantener su mejor cara de tipo duro y pareció meditar la oferta más de lo que en realidad necesitaba. Pues claro que iba a aceptar. Primero, porque apreciaba su vida por encima de muchas cosas (y su cliente friki estaba entre ellas). Después porque nueve mil euros eran exactamente tres mil más de lo que le habían ofrecido en principio por la cinta. Y, en fin, él no era de piedra, demonios.

—De acuerdo. Pero antes respóndame a una cosa, señorita Sadine.

Si la pantalla del televisor no hubiera estado salpicada de sangre arterial, aquella conversación hubiera pasado por un diálogo más o menos normal entre un detective y su cliente.

La actriz asintió con la cabeza levemente, consintiendo aquella pequeña

intromisión a la que Solo iba a someterla.

—¿Mereció la pena? —inquirió este señalando la pantalla—. Ya sabe: transformarse en un monstruo a cambio de la eterna juventud.

Ella no dijo nada. Pero sonrió. Y de qué manera.

—¿Qué fue? —insistió Solo tensando la cuerda. El tacto de la pistola contra su pierna le confería cierta tranquilidad, aunque no descartaba una respuesta más o menos hostil por parte de la diva—. ¿Un pacto diabólico? Seguro que sí.

—Qué manía tiene la gente con los pactos diabólicos —lo interrumpió rompiendo su propio silencio. Dejó el vaso vacío de ginebra sobre la mesa cercana; el carmín de labios impreso en el borde refulgía a modo de señal de alarma—. Fue un pacto, sí, pero no con un demonio. Hoy día se puede pactar con casi cualquier cosa; usted mejor que nadie debería saberlo. Y a su pregunta le respondo que sí. Mereció la pena.

Dicho esto, la exactriz se levantó del asiento, caminó hasta el reproductor desbordando pura sensualidad y extrajo la cinta de sus entrañas para introducirla en su bolso de juguete. Por su parte, el detective experimentó un gran alivio al ver desaparecer de la pantalla de su tele aquella espeluznante imagen paralizada.

Antes de partir, Justine Sadine echó un último vistazo a Solo.

—¿Sabe? Me apetece algo dulce —sonrió acariciando el traje de noche adherido a sus caderas a modo de segunda piel—. Si usted quisiera, podríamos tentar a la suerte...

Una punzada de dolor en su mutilado pie izquierdo acompañó al habitual escozor del tatuaje del gatito. Aquel era el recuerdo que le quedaba de la última vez que había tratado de bailar con la siempre caprichosa diosa fortuna.

—No me considero precisamente un ganador —respondió Solo, y lo decía muy en serio.

Aun así, una pequeña parte de su ser estaba deseando dejarse seducir. Aquella parte concreta estaba bien dispuesta a pasar por alto que aquella mujer se había convertido en un monstruo sanguinario a cambio de la eterna belleza y que probablemente lo devoraría antes, después o durante el fogoso coito. También podía evadirse del recuerdo de los cuerpos torturados de los tipos de la película. Qué demonios: aquella podía ser una oportunidad única.

—Oh, venga, querido —contraatacó, zalamera—. Dicen que hay amores

que matan.

El detective lo sabía bien, aunque creía firmemente que aún había más amores que se suicidaban. La imagen fugaz de Clara en su memoria terminó por decantar el lado de la balanza.

—Quizás en otro momento —respondió Solo con asombrosa firmeza.

—Quizás —concedió ella agachándose frente al detective y plantándole un beso en plena nuez. Al hacerlo, el traje se plegó dejando a la vista más porción de carne desnuda de lo que Solo podía soportar.

Y aunque le recordó a aquellos besos de la muerte popularizados por las películas de mafiosos, la siguió embelesado con la mirada hasta que desapareció por la puerta abierta acompañada por el ruido de sus tacones.

Peligrosa. Muy, muy peligrosa.

El investigador se acomodó en el sillón, y aún no había llegado a mojar los labios con el líquido ambarino que, oh, milagro, todavía sostenía en su mano derecha, cuando su teléfono móvil comenzó a vibrar. Miró el número que parpadeaba en la pantalla y suspiró con hastío.

—¿Diga?

—Buenas noches, detective —dijo alguien al otro lado de la línea. Si la voz de la simpática señorita Justine Sadine sugería melodías de miel y terciopelo, la de aquel hombre castigaba los oídos con el inconfundible tono de un papel de estraza al ser arrugado. Solo maldijo para sus adentros: era la última persona con la que deseaba hablar en aquel instante—. Me han informado de que al fin ha encontrado la película, ¿es eso cierto?

—Me temo que ha sido una falsa alarma, señor León —mintió descaradamente a su cliente llevándose de manera instintiva la mano a su pistola—. Sus informadores no andan desencaminados; creí que la había conseguido, pero ha resultado ser una película porno normal y corriente.

¿Cómo decirle a aquel viejo enjuto que había vendido la cinta a un nuevo e inesperado mejor postor?

—Miente —afirmó sin variar el tono de voz. No es que no pareciera cabreado, es que aquel fulano siempre hablaba como si estuviera a punto de partirle las piernas al primer desgraciado que osara cruzarse en su camino.

El detective no lo confirmó ni lo desmintió, simplemente guardó silencio. Tras unos segundos de tensa espera, la conversación se reanudó desde el otro lado.

—¿La ha visto? Al menos dígame eso: ¿ha visto la cinta?

—Ya le he dicho que no era la que usted buscaba —replicó Solo. Comenzaba a cansarse de aquel tipo con ínfulas—. No se preocupe, seguiré trabajando en ello.

El tipo rió. Fue horrible. Como si alguien estuviera troceando el arrugado papel de estraza de su voz.

—Se ha ganado usted un enemigo importante —lo amenazó el viejo señor León con aire de suficiencia.

—Si eso le hace feliz...

—¿Sabe lo que pasa cuando un detective rompe el sagrado trato que mantiene con su cliente?

—Ni idea —respondió Solo—. ¿Se gana las alas?

Y sin dejar tiempo para una contestación, colgó el teléfono. Luego se repantigó sobre el sofá y nuevamente volvían a rozar sus labios el vaso de güisqui cuando un mensaje de texto entró en su teléfono móvil interrumpiendo su alcohólico avituallamiento.

«Tenemos que vernos. En media hora donde siempre.»

—Hay que joderse —susurró guardándose el teléfono en el bolsillo.

Cinco minutos después, salía de su casa dando un portazo. No olvidó, sin embargo, acabarse de un tirón el contenido del vaso, que dejó abandonado en el recibidor.